

# DEL FOLKLORE VASCO

## EL DIABLO EN LA IGLESIA

Bidazti

**E**ra noche templada, la Luna brillaba esplendorosa. El reloj de la torre acababa de dar las nueve y, apagados sus metálicos sonos, todo ruido desapareció de la aldea. Casi se percibía el susurro de las estrellas al titilar.

Repentinamente, el silencio fue roto. De una de las casas brotó un tropel de alegres mujeres quienes, allí mismo, comenzaron a despedirse entre agures y risotadas. Cada una tiró hacia su casa. Tres, por morar al otro lado de la iglesia, caminaban juntas. Acababan de celebrar el bautizo del tercer hijo de su amiga Belén, con una “martopila” en la que abundaron las pastas finas y el vino dulce, origen éste de la desbordante alegría .

- Verdaderamente, la Engrasi es única contando chistes ¡y que chistes!
- ¡Ya lo creo que es única! ¿De dónde sacará tales ocurrencias?
- A mí me parecieron demasiado “verdes” ¿No lo creéis así?
- A estas alturas no te vas a asustar por verdulerías. ¿Tan timorata eres Pantxike?

Así hablando, las tres amigas –que ya habían pasado de la treintena– llegaron junto al portalón de la iglesia. Al pasar a su vera, se estremecieron al oír un fuerte golpe contra la puerta, dado desde su parte interior.

- ¿Qué ha sido eso? –preguntó Edurne en voz alta.
- Alguno que se ha dormido durante las vísperas y se ha quedado encerrado.
- Vamos a ver quién es –y decidida, Maritxu se acercó al portalón y pegando la oreja a la madera, preguntó en euskera– ¿Sein da?

Un tremebundo golpe hizo estremecerse a la maciza estructura de roble y su sacudida repercutió en la oreja de Maritxu de tal modo que la mujer reculó y casi cae de espaldas entre sorprendida y atemorizada.

- ¡No puede ser un cristiano! –exclamó–. No hay en todo el pueblo forzado capaz de golpear así. ¿Quién demonios será?
- Pues quizá sea eso, el demonio –le contestó Edurne
- ¿Un diablo dentro de una iglesia? ¡No lo creo! puede que sea un alma en pena...
- Lo mejor será que llamemos al párroco y le expliquemos lo que pasa. Él sabrá que hacer...

Ni cortas ni perezosas, se allegaron a la casa parroquial llamando con el férreo aldabón de la puerta cuyo “pam pam pam” resonó despertando ecos. Cuando asomó el sacerdote –quien en aquel momento se disponía a acostarse– fue informado del fenómeno que ocurría en su iglesia.

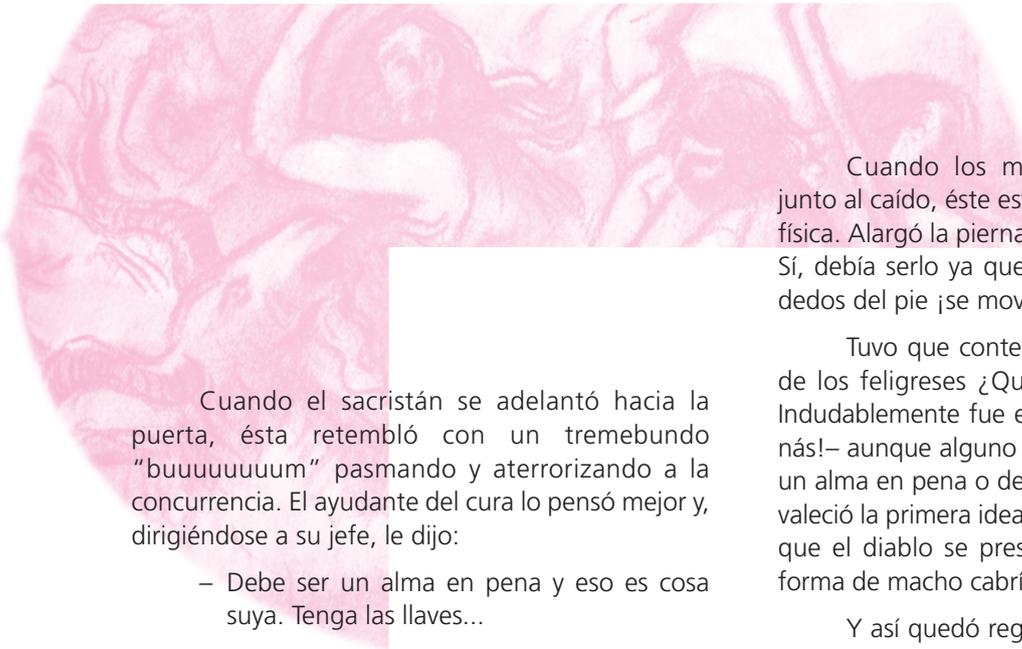
- ¡Ay, hijas! –les dijo– Yo no tengo las llaves, las tiene el sacristán. Esperad un momento y voy con vosotras.

Juntos fueron a la casa del sacristán quien, enterado del asunto, se dispuso a acompañarlos.

Tanto aldabonazo y rumores en la calle, alertaron a los vecinos haciéndoles asomarse a balcones y ventanas. Pronto nutrida procesión acompañaba al sacerdote.

G. Montes





Cuando el sacristán se adelantó hacia la puerta, ésta retembloó con un tremebundo "buuuuuuum" pasmando y aterrorizando a la concurrencia. El ayudante del cura lo pensó mejor y, dirigiéndose a su jefe, le dijo:

- Debe ser un alma en pena y eso es cosa suya. Tenga las llaves...
- Por lo menos, abre la puerta –le replicó éste.
- ¡No, no! Yo no soy quién para enfrentarme a gentes del otro mundo. Eso le compite a usted... –y el cuitado, dejando las llaves en manos del desconcertado sacerdote, se mezcló con los expectantes vecinos.

Presionado por la presencia de toda, o casi toda su feligresía, el hombre no tuvo mas remedio que, solicitando la ayuda del Altísimo, acercarse a la retumbante puerta. Vacilante, le costó acertar con el ojo de la cerradura mientras lanzaba al aire todos los latinajos que juzgó pertinentes para salir airoso de la situación.

Por fin acertó con sus temblorosos intentos y consiguió hacer girar la llave... ¡Qué fue aquello! En cuanto se entreabrió el portalón lo suficiente, se vio arrebatado en volandas y llevado raudamente mientras los curiosos vecinos iniciaban una vergonzosa desbandada al ver a su párroco volar a ras del suelo llevado por sabe Dios qué. La tenue luz de las farolas de la aldea, sumada a la de la Luna, no dejaron entrever otra cosa que al hombre del Señor raseando a gran velocidad rumbo a la cercana pradera.

Por su parte el buen hombre rezaba desesperadamente mezclando su euskera natal con el latín y el castellano al par que divagaba sobre qué pecado cometió para ser tratado de aquella manera ¿Sería por sus poco ejemplares pensamientos acerca de cierta feligresa? ¿Sería culpa de su inmoderada gula?

Su cabalgadura, llegando a las afueras, efectuó dos tremendos saltos y se deshizo de la carga que portaba. Y allí quedó el sacerdote tendido sobre la hierba, muy asustado pero físicamente integro. Pudo ver, a la luz de la Luna, que el autor de su viaje semiaéreo era un enorme macho cabrío de monumental cornamenta, lo que le sugirió, de inmediato el diablo en todo su esplendor desapareciendo entre los maizales.

Cuando los más osados vecinos llegaron junto al caído, éste estaba verificando su integridad física. Alargó la pierna derecha, ¿sería aquel su pie? Sí, debía serlo ya que cuando pensó en mover los dedos del pie ¡se movieron!

Tuvo que contestar a las excitadas preguntas de los feligreses ¿Qué ser cometió el sacrilegio?. Indudablemente fue el demonio –¡Vade retro Satanás!– aunque alguno sugirió que podría tratarse de un alma en pena o de un brujo poderoso. Pero prevaleció la primera idea. Al fin y al cabo, todos sabían que el diablo se presentaba en los aquelarres en forma de macho cabrío..

Y así quedó registrado en los anales del pueblo o, por lo menos, en la memoria de sus gentes...

\* \* \* \* \*

Pero un sesudo investigador dio con el misterio del demonio encerrado. Todo fue muy simple. Lo que sucedió en realidad fue que el macho cabrío del caserío "Aguirretxo", de marcado carácter independentista, escapó aquella tarde del redil y se le ocurrió pasearse por la aldea semidesierta. Al pasar frente a la iglesia, cuyo portalón estaba abierto, llegó a su fino olfato el efluvio de los ramos de flores prodigados por las feligresas al pie de la efigie de Santa Engracia, cuya festividad se celebró la víspera.

Nadie se opuso a la entrada del animal ya que nadie había para hacerlo. El templo estaba vacío. Los asistentes a vísperas ya se habían ido por lo que la bestia se dio un atracón con los ramos de flores. Saciado, se tendió en un oscuro rincón y allí quedó adormilado.

Al despertar se encontró encerrado y no se le ocurrió nada mejor que embestir contra la puerta. Su instinto le decía que tras ella estaba la libertad. De ahí los tremebundos testarazos contra la recia puerta provista de férreos goznes de hechura medieval.

Y cuando vio entreabrirse la misma, arremetió contra el bulto que le estorbaba el paso, el sacerdote, al cual encajó entre su poderosa cornamenta y llevó en volandas para terminar desembarazándose de él. A los pocos segundos, en cuanto pisó la hierba del prado.

Claro que esto es demasiado simple para los vecinos. ¡Fue el mismo Satanás quien tuvo el descuido de dejarse encerrar en la iglesia en la cual, sabe Dios qué fechoría pensaba hacer!

¡Y que nadie vaya con otros cuentos!

\* \* \* \* \*